



CUANDO PERDEMOS UN BUEN AMIGO

Hace seis años un amigo de mi familia estaba sufriendo el ataque inmisericorde de un cáncer que se había alojado en su laringe, su situación era bien complicada y cada vez que lo visitaba observaba que la enfermedad avanzaba inmisericordemente. Perdía cada día facultades e inclusive ya no podía hablar. Por más que trataba de comunicarse conmigo, le resultaba difícil, sin embargo, no podré olvidar la mirada que me hizo previa a su muerte, sus ojos expresaron un brillo de agradecimiento, ese momento le dije lo importante que él había sido para mi familia y que no se preocupara por su hijo porque no lo íbamos a abandonar.

Luego la amistad siguió con su hijo al cual ayudamos a salir adelante. Un muchacho con una vida sana, sin vicios, trabajador insigne, un líder que cualquier empresa contrataría, con grandes deseos de surgir. Le gustaba correr y jugar con el balón.

Aunque a veces se le presentaban dificultades, nunca expresaba queja alguna, seguía agradecido con Dios y con la vida. No obstante, de manera súbita una enfermedad terminal lo hizo quedar postrado. El sábado pasado recibí la noticia que estaba grave y lo fui a visitar al centro médico, no podía hablar, lo tenían entubado, antes de llevarlo a cuidados intensivos para operarlo de emergencia intercambiamos una mirada... la misma con la que su padre me vio seis años atrás... una mirada de despedida, una mirada de agradecimiento, una mirada de un amigo que se va a extrañar. Sus ojos reflejaron su momento de partida a la eternidad había llegado. Le expresé que no se preocupara por el futuro, que nos volveríamos a ver. Pocos minutos después recibí la noticia que había muerto.

La muerte nos arrebató a los seres amados, es implacable, inmisericorde, impredecible, pero siempre hace su trabajo, aunque su efecto sea una estela de dolor e impotencia; no obstante, la muerte NO ES EL FIN para el cristiano, porque el Señor Jesucristo nos prometió vida eterna a todos los que hemos creído en El y el Señor siempre CUMPLE lo que promete.

Por eso durante el funeral, aunque el dolor me doblegaba porque no iba a tener a mi amigo para compartir esos momentos especiales, sentí un consuelo bien especial cuando sentí la presencia del Señor que me recordó que con Cristo tenemos ESPERANZA. El Señor nos tiene preparado el Cielo, un lugar donde no hay enfermedades y donde la muerte no puede ingresar porque no hay lugar para ella.

Tenemos un futuro glorioso después de que enfrentemos a la muerte. Ciertamente cuesta encontrar amigos que sustituyan a esas personas que tanto valoramos, esos amigos y amigas insustituibles en nuestro paso por la tierra, porque no es fácil encontrar gente así en la vida. Amigos leales, buenos, amables, que sepan escuchar y sobre todo que nos aconsejen con sabiduría, muchas veces ni necesitan decirnos una palabra, porque con solamente una mirada nos brindan su amor.

Hoy en medio del dolor que me embarga, puedo echar a andar los recuerdos que me dejaron estos dos amigos. Dios los cruzó en mi vida y me permitió compartir con ellos alegrías y tristezas.

Por eso, le doy gracias a Dios por haberme permitido experimentar lo que enseña Proverbios 17:17 **“En todo tiempo ama el amigo y es como un hermano en tiempos de angustia”**.

A mis dos amigos, espero poder verlos en el Cielo, un lugar donde está Dios, un lugar de gozo de paz de consuelo y donde podremos compartir el amor del Señor eternamente junto con nuestros seres amados.

RM

Si desea recibir el devocional de la semana en su computador, solamente debe enviar un E-mail a la siguiente dirección:

ronald_mora@lospersistores.org

También puede visitarnos en Internet:

www.lospersistores.org